

escuadra, le acompañaron al sitio en donde debía reposar hasta el día en que, según sus deseos, fué transportado á las orillas del Sena. Los soldados ingleses saludaron aquel cuerpo inanimado con el cañón, y sus compañeros de destierro, después de arrodillarse ante la tumba que acababa de recibir al hombre más grande que ha existido desde César y Carlomagno, se dispusieron á regresar á Europa. Para terminar la larga serie de lecciones que dió al mundo esta tumba, añadamos que fueron acogidos con un interés general aun en Inglaterra, y que el infortunado sir Hudson-Lowe, simple ejecutor de las voluntades de su gobierno, fué recibido con frialdad por sus compatriotas, con ingratitud por los ministros á quienes había obedecido, y hasta por sus amigos con cierta especie de desdén. ¡Eterna justicia del cielo, visible ya en la tierra! Napoleón había expiado en Santa Elena los tormentos que había causado al mundo, y los que habían recibido la misión de castigarle expiaban la culpa de no haber respetado en él la gloria y el genio!

Antes de terminar esta historia, cuya latitud se nos perdonará en consideración á la inmensidad de sucesos que abraza, debemos pronunciar sobre el personaje que la llena por completo el fallo de la posteridad, al menos hasta el punto en que puede interpretarle un hombre, por más que este hombre fuese tan justo y tan ilustrado como nosotros tenemos, no la pretensión, sino el deseo de ser.

Napoleón nació con un talento claro, penetrante, vasto, universal, y sobre todo vivo, con un carácter tan vivo como su talento. En todas las cosas iba directamente y sin rodeos al fin que se proponía. Si se trataba de un raciocinio, en seguida encontraba el argumento perentorio; si era preciso dar una batalla, combinaba, mejor dicho, improvisaba la operación decisiva. En él concebir, querer y obrar eran un solo acto indivisible, de una rapidez maravillosa, de modo que entre el pensamiento y la acción no perdía un instante en reflexionar y resolverse. Oponer á un genio como el suyo una objeción vulgar, una resistencia de tibieza, de debilidad ó de mala fe, era lo mismo que oponer un obstáculo inesperado al torrente que brota cubriendo con su espuma todo cuanto le rodea. Si se hubiese dedicado á una de las carreras civiles en las que no se logra nada, más que persuadiendo á los hombres, captándose su voluntad, quizás hubiera procurado moderar, contener los ímpetus de su fogoso carácter; pero lanzado en la carrera de la fuerza, es decir, en la de las armas, dotado para ella con la facultad soberana de descubrir de una sola ojeada lo que era preciso hacer para vencer, llegó de un primer impulso á la dominación de la Italia, con el segundo á la de la república francesa, con el tercero á la de la Europa, y por lo tanto ¡no era un milagro que una naturaleza que Dios había creado tan viva, que la victoria había hecho más viva aún, fuese brusca, impetuosa, dominadora y absoluta en sus voluntades! Si fuera del campo de batalla se doblegaba algunas veces ante las exigencias de los asuntos civiles, esto sólo tenía lugar en el consejo de Estado, y aun allí mismo zanjaba las cuestiones con una sagacidad y una seguridad de criterio que asombraban y subyugaban á su auditorio, excepto en algunos casos poco frecuentes, en los que la insuficiencia de su sabiduría y algunas veces también la pasión le extravia-

ron por un momento. Todo concurrió, pues, la naturaleza y los sucesos, para convertir á este mortal en el más absoluto, en el más impetuoso de los hombres.

Sin embargo, observando su historia, se nota que su naturaleza tan fogosamente dominadora no se desarrolló pronto ni por completo. Endeblo, taciturno, triste en su juventud, triste por esa ambición concentrada que se devora hasta el momento en que estalla y logra el fin de sus deseos, adquiere poco á poco confianza en sí mismo, se presenta algunas veces vivo como un joven, con todo permanece melancólico; después, cuando la admiración empieza á despertarse en torno suyo, es más franco, se muestra más sereno, habla, pierde su expresivo encogimiento, en una palabra, se dilata. Cónsul vitalicio, emperador, vencedor de Marengo y de Austerlitz, sin contenerse apenas, pero conteniéndose algo, parece llegar al apogeo de su carácter, y no teniendo todavía más que una gordura regular, resplandece su regular y vigorosa belleza. Poco después, viendo á los pueblos someterse, á los soberanos doblegarse, no cuenta ya ni con los hombres ni con la naturaleza. Se atreve á todo, emprende todo, dice todo cuanto se le ocurre, se muestra alegre, familiar, inmoderado de lenguaje, se desarrolla por completo, física y moralmente, adquiere una gordura excesiva que no disminuye nada su belleza olímpica, conserva en su abultado rostro una mirada de fuego, y si desciende desde la altura en donde está un acostumbrado á verle, á admirarle, á temerle, para presentarse risueño, familiar, casi vulgar, vuelve á su altura con un solo rasgo después de haber bajado de ella un instante, sabiendo, como vemos, deponer su ascendiente sin comprometerle; y cuando por fin se le creía menos activo ó menos atrevido porque su cuerpo parecía pesarle ó porque la fortuna deja de sonreírle, se lanza más impetuoso que nunca sobre su caballo de batalla, probando que para su alma ardiente la materia no supone nada, la desgracia carece de influencia.

Tal fué esta extraordinaria naturaleza en su desarrollo sucesivo. Ahora, si se considera á Napoleón desde el punto de vista de las cualidades morales, su apreciación es más difícil, porque es difícil descubrir la bondad en un soldado siempre ocupado en inundar la tierra de cadáveres, la amistad en un hombre que no ha tenido nunca iguales en torno suyo, y la probidad en un potentado que era dueño de las riquezas del universo. Sin embargo, por más que este mortal se nos presente fuera de los límites ordinarios, no es imposible buscar aquí y allá algunos rasgos de su fisonomía moral.

La viveza era su carácter en todas las cosas. Se aca-loraba, pero volvía á la calma con una facilidad maravillosa, casi avergonzado de su arrebató, riéndose de él si podía hacerlo, sin perder la más mínima parte de su dignidad y llamando y acariciando con el gesto ó la voz al oficial á quien en un momento de cólera había llenado de pesadumbre. También en ocasiones fingía sus arrebatos con el fin de intimidar á los subalternos que no cumplieran su deber; pero sinceros, no duraban más que lo que dura un relámpago; simulados, el tiempo que la necesidad exigía. En cuanto cesaba de mandar ó de tener que contener ó excitar á los hombres, era amable, sencillo, equitativo con la equidad de un gran talento que conoce la humanidad, aprecia sus debilidades y se las perdona, porque sabe que son inevitables.

En Santa Elena, despojado de todo su prestigio, sin influencia sobre nadie, no conservando para con sus compañeros de destierro más que el ascendiente de su talento y de su carácter, Napoleón no cesó de dominarlos de un modo absoluto, y se captó su afecto con una bondad inalterable hasta el punto de que después de haberle temido durante la mayor parte de su vida, le amaron en los últimos años de ella. En los campos de batalla había adquirido una insensibilidad espantosa, de tal manera que veía sin emoción la tierra cubierta con cien mil cadáveres, porque jamás el genio de la guerra había llevado tan lejos como él la efusión de sangre humana. Pero esta insensibilidad era de profesión, si así puede decirse. Con efecto, era frecuente en él, después de haber ocasionado en un campo de batalla todos los horrores de la guerra, recorrerlo por la noche para recoger los heridos; esto podía ser un cálculo, pero no lo era ciertamente el acto de apearse de su caballo para cerciorarse si en un muerto aparente quedaba un ser con elementos para vivir, y esto lo hacía á menudo. En Wagram, descubriendo á un joven que llevaba la armadura de los coraceros, tendido en tierra y el rostro casi cubierto por un cuajarón de sangre, se apeó vivamente del caballo, levantó la cabeza del herido, la apoyó sobre su rodilla, y despertando por medio de un elixir activo la vida próxima á dormir el sueño eterno: «¡Verá en sí, dijo sonriéndose..., y habremos salvado uno más!» Estos no eran, no, los impulsos de un alma despiadada.

Ordenado hasta la avaricia, siendo capaz de disputar un céntimo á los contadores, distribuía millones á cuantos le servían, á sus amigos, á los desgraciados. Sabía que alguno de sus antiguos compañeros de Egipto, hombre distinguido por su sabiduría, se hallaba apurado sin decirlo, y le enviaba una cantidad considerable quejándose del secreto guardado para con él. Habiendo agotado todas sus economías en 1813 y llegando á su noticia que una señora de noble origen, y en otro tiempo opulenta, carecía casi de lo necesario, le asignó de su tesoro particular una pensión de veinticuatro mil francos (equivalentes á cincuenta mil hoy día), y después al saber que tenía ochenta años: «¡Pobre señora!, añadió, ¡que le anticipen la pensión de cuatro años!» Estos rasgos, lo repetimos, no son los que caracterizan á un alma sin bondad.

No pudiendo consagrar muchos instantes á las afec-ciones privadas, separándose por la distancia á que se había colocado de los demás hombres, se aficionaba con el tiempo á las personas, se aficionaba á ellas hasta el punto de ser indulgente, casi débil para con las que merecían su cariño. Irritado frecuentemente con las pretensiones de sus parientes y mostrándose duro con ellos, no podía, sin embargo, sufrir su aire triste, y para contentarlos hacía algunas veces lo que sabía que era mal hecho. No sintiendo hacia la emperatriz Josefina más que una afición que el tiempo disipó, un afecto que disminuyeron muchas ligerezas, le conservó aun después de su divorcio una ternura profunda. También vertió algunas lágrimas por Duroc, pero ocultándolas como una debilidad.

En cuanto á la probidad, no se sabe cómo apreciarla en un hombre que apenas llegó al mando dispuso de inmensas riquezas. Al ser nombrado general en jefe del

ejército de Italia, dueño de los tesoros de esta rica comarca, empezó por introducir en su ejército la abundancia, envió al del Rhin los medios de salir de la miseria, no tomó nada para sí, cuando más lo suficiente para comprar una casita en la calle de la Victoire, que una anualidad de su sueldo hubiera bastado para pagarla, y si por acaso hubiera muerto en Egipto, hubiera dejado una viuda sin fortuna. Este comportamiento, ¿era grandeza de alma, desdén por los goces vulgares ú honradez? Probablemente motivaban las tres cosas esta especie de abstinencia, que algunos otros generales franceses observaron, por más que entonces como siempre no fuera común. Napoleón perseguía la falta de probidad con un encarnizamiento inexorable, lo que podía ser efecto del espíritu de orden que empleaba para todo; pero lo que era mejor y lo que se acercaba á la verdadera probidad, era el aprecio que le inspiraba la probidad misma cuando la hallaba, el afecto que sentía hacia las personas honradas, complaciéndose en tenerlas á su lado y en manifestarles sus simpatías con la mayor expresión.

Sin embargo, este hombre á quien Dios, después de haberle hecho tan grande, había también dotado con una gran bondad, carecía de virtud, porque la virtud consiste en formarse del deber una idea absoluta, en someterle todas las inclinaciones, en inmolarse todos los apetitos morales ó físicos, y no podía hallarse en este caso la naturaleza que menos ha podido contenerse en el mundo. Pero si no poseyó en grado alguno lo que se llama la virtud, tuvo ciertas virtudes y especialmente las peculiares del guerrero y del gobernante. Era sobrio, apenas cedía á las satisfacciones de los sentidos; sin ser casto, jamás fué sorprendido en un grosero libertinaje; sólo estaba en la mesa algunos instantes (á no ser en los banquetes oficiales); dormía en cama dura, con un cuerpo más bien débil que fuerte; soportaba sin aperebirse de ellas fatigas bajo las cuales hubieran sucumbido los soldados más vigorosos; era capaz de todo cuando su alma se hallaba excitada por el deseo de realizar grandes cosas; hacía más que desafiar el peligro, no pensaba en él, y sin buscarlo ni evitarle se encontraba en todos los parajes donde era necesaria su presencia para ver, para dirigir, en una palabra, para mandar. Si este era en él el carácter del soldado, el del general en jefe no era menos notable. Nadie ha soportado las ansiedades de un inmenso mando con mayor sangre fría, vigor y presencia de ánimo que la suya. Si algunas veces se mostraba fogoso, hasta encolerizado, era porque *todo iba bien*, como decían los oficiales que le conocían. En cuanto el peligro parecía serio, se mostraba tranquilo, amable, animador, no queriendo añadir á la turbación que producían las circunstancias la que podría resultar de sus arrebatos, y con una perfecta serenidad, efecto todo de su costumbre de dominarse en las situaciones graves, de calcular la importancia de los peligros, de encontrar el medio de salir de ellos y de subyugar á la fortuna.

Nacido para hallarse en las mayores extremidades y acostumbrado á ellas de un modo sin igual, cuando por culpa de su ambición se buscó las posiciones más espantosas, se le vió asistir, como por ejemplo en 1814, al suicidio de su propia grandeza, con una increíble sangre fría, esperando aun cuando nadie esperaba,



porque descubría recursos en donde nadie podía sospecharlos, y en todo caso, elevándose con las alas de su genio por encima de todas las situaciones en que podía caer, con la resignación de un alma que se rinde á la justicia y acepta el premio que merecen sus culpas.

Tal fué en nuestra opinión este mortal tan extraordinario, tan diverso, tan múltiple. Si entre los rasgos principales de este carácter se puede descubrir uno más en relieve que los otros, es evidentemente la intemperancia, por supuesto que hablamos de la intemperancia moral. Pródigo de genio y de pasión, lanzado en el caos de una revolución, despliega sus facultades, se desarrolla, la domina, se substituye á ella y toma su energía, su audacia y su incontinencia. Sucediendo á unos hombres que no se han contenido en nada, ni en la virtud, ni en el crimen, ni en el heroísmo, ni en la crueldad; rodeado de gentes que no han negado nada á sus pasiones, tampoco él niega nada á las suyas. Ellos quisieron hacer del mundo una república universal; ellos han formado un caos y él forma una unidad casi tiránica; ellos lo han desarreglado todo y él quiere arreglarlo; ellos han pretendido desafiar á los soberanos y él los destrona; ellos han muerto gente en el cadalso y él la mata en los campos de batalla, pero ocultando la sangre con la gloria; él inmola más hombres que los conquistadores asiáticos, y sobre las limitadas tierras de la Europa, cubiertas de poblaciones resistentes, recorre más espacio que los Tamerlanes y los Gengiskanes han recorrido en los desiertos del Asia. La intemperancia es, pues, el rasgo esencial de su carrera. De esto resulta que este profundo capitán, este sabio legislador, este administrador consumado, fué el político, diríamos, más loco, si Alejandro no hubiera existido.

Si la política no necesitase más que talento, nada en verdad le hubiera faltado para dejar atrás á los más refinados hombres de Estado. Pero la política necesita más carácter que talento, y de aquí la insuficiencia de Napoleón. ¡Ah!, cuando joven aún, cuando todavía no había dominado al mundo, se le vió obligado y resignado á contar con los obstáculos, y se mostró más astuto, más sutil, más paciente que nadie. Bajando en 1796 á Italia con un escaso ejército y teniendo que captarse la voluntad de las poblaciones, protege á los sacerdotes, y respeta á los príncipes, digan lo que quieran los republicanos de París. Transportado á Oriente, temiendo la antipatía musulmana, procura atraerse los jeques árabes, les hace esperar en su conversión, digan lo que quieran los devotos de París, y de este modo logra adherirselos por completo. Más tarde, dedicado á una empresa diferente, la del Concordato, procura por medio de una prodigiosa mezcla de habilidad y de energía vencer las preocupaciones de Roma, y lo que aún es más, las de los filósofos. Toda la sutileza, arte, constancia y fuerza que necesitó desplegar en esta ocasión, ya lo hemos dicho anteriormente, probaron hasta más no poder que no le faltaba ninguno de los elementos que constituyen el genio político. ¡Pero entonces no era el jefe absoluto y se contenía! Al llegar á ser todopoderoso, dejó de contenerse, y del político no le quedó más que la menor parte, el talento: el carácter había desaparecido.

Con todo, debemos añadir para excusarle, que si en alguna época está fuera de su lugar la política es justamente en la de una revolución. Quien dice política, dice

respeto y lento desarrollo del pasado; quien por el contrario dice revolución, dice ruptura brusca y completa con el pasado. Con efecto, la verdadera política es la obra de las generaciones, transmitiéndose un designio, avanzando unas después de otras á su realización, con paciencia, con modestia si es preciso, sin dar más que un paso, dos á lo sumo en todo un siglo, y no aspirando nunca á llegar de un salto; esta es la obra de Enrique IV proyectando, después de contener á los partidos, rebajar la importancia de las casas de España y de Austria, unidas por los vínculos de la sangre y de la ambición, transmitiendo este gran designio á Richelieu, quien lo transmite á Mazarino, y de éste pasa á Luis XIV, quien no le deja hasta llegar á colocar con gran riesgo en el trono español á su nieto, separando para siempre la España del Austria; es en Prusia la obra del gran elector inaugurando la importancia militar de su nación, seguido primero del elector Federico III, que toma la corona, después de Federico Guillermo I, que para sostener el nuevo título de su familia procura crear un ejército y un tesoro, y en fin de Federico el Grande, que al llegar el momento de la crisis, reuniendo la audacia á la extensión de sus designios, funda después de un duelo de veinte años con la Europa la grandeza de la Prusia, convirtiendo un pequeño electorado en una de las más importantes monarquías del continente.

Es necesario, pues, no asombrarse de que Napoleón, déspota y revolucionario á la vez, no fuese político, porque si se mostró un momento político admirable, reconciliando la Francia con la Iglesia, con la Europa, consigo misma, poco después irritándose contra la Inglaterra, rompiendo la paz de Amiéns, proyectando la monarquía universal apenas conseguida la victoria de Austerlitz, emprendiendo la guerra de España que procuró terminar en Moscov, negándose á aceptar la paz de Praga, fué menos que un mal político, ofreció al mundo el triste espectáculo del genio descendiendo al estado de un hombre insensato. Pero es preciso reconocerlo, no era él sólo el culpable; la revolución francesa deliraba en él, en su vasto genio.

Y sin embargo este mal político fué un sabio legislador, un administrador completo y uno de los más grandes capitanes que ha habido en el mundo. Desde estos diversos puntos de vista, el torbellino de la revolución, en vez de ser un obstáculo, fué por el contrario para él una ocasión y un medio. Necesitamos, pues, para dar fin á nuestra tarea considerarle desde los diversos conceptos de legislador, administrador y capitán.

La verdadera escuela en donde Napoleón se formó como organizador fué la de la guerra, y no hay otra mejor, más sólida y más práctica. Combinar bien sus movimientos generales y al llegar al terreno combatir, no es para el verdadero capitán más que la mitad de su arte. Preparar sus recursos, es decir, reclutar, instruir, vestir, armar sus soldados en medio de los incasantes y siempre tan bruscos accidentes de la guerra, es la otra mitad; y ambas tan importantes que no podría decirse cuál de las dos lo es más. En una palabra, organizar y combatir son las dos partes de que se compone el arte de los verdaderos guerreros. Los demás, y por desgracia abundan estos últimos, todo lo que saben hacer se reduce á recibir de su gobierno los ejércitos, y á emplearlos tales como se encuentran, quejándose algunas veces

de su estado, pero sin dedicarse á mejorarlo. El joven Bonaparte no fué así.

Al atravesar los Apeninos con soldados valientes, pero que se morían de hambre, su primer cuidado fué emplear las riquezas de la Italia, con mano discreta, proba, económica, impedir el derroche y dedicarlas á introducir la abundancia en su ejército y á sacar de la miseria al ejército del Rhin que debía concurrir á sus designios. Trasladado á Egipto en donde los recursos descuidados abundaban tanto como en Italia, supo atender á todas las necesidades de los soldados, aliviando al país, que libró de las exacciones de los mamelucos y de las excursiones de los árabes. No pudiendo recibir de la madre patria ningún material, fabricó en algunos meses pólvora, fusiles, cañones, paños, por fin todo cuanto le faltaba en esta lejana comarca. Una de las calamidades del Egipto eran las correrías de los beduinos, quienes caían de improviso sobre las tierras cultivadas, robando y escapándose al vuelo. Un día vió pasar una caravana, la detuvo un momento, hizo que montasen en un camello uno, dos, tres infantes con sus víveres y sus cartuchos, y al verlos así exclamó: «*Ahora ya somos dueños del desierto.*» Al día siguiente creó el regimiento de los dromedarios, que transportaba á cualquier distancia con la misma rapidez de los beduinos algunos centenares de soldados aguerridos, y que quitó á las tribus árabes su afición al pillaje, por lo menos durante el tiempo que los franceses pasaron en Egipto. Como se ve, una simple ojeada era bastante para inspirar á este genio organizador lo que había que hacer, y para que encontrase los medios de hacerlo con prontitud y seguridad.

Al llegar al gobierno de la Francia, que halló en un verdadero caos, experimentó con más fuerza que en Egipto é Italia la necesidad de restablecer el orden, la calma y la prosperidad.

Lo que menos le ocupó fué el trabajo de dotar á su país de una Constitución política. Los amigos de la libertad (y nosotros somos uno de tantos) acusan á Napoleón de no haber dado una Constitución á la Francia. Participando de sus sentimientos, creemos que se engañan. Es imposible que desde el punto de vista político fuese Napoleón un organizador definitivo, porque la forma de nuestro gobierno debía variar muchas veces á impulso del viento de las revoluciones, y la Francia, tan pronto aficionada al poder cuando acababa de sufrir á consecuencia de las agitaciones de la libertad, como á la libertad después de haber sufrido los excesos del poder; la Francia, repetimos, ha venido flotando desde hace tres cuartas partes de siglo entre el despotismo y la anarquía como una péndola deplorablemente agitada, sin fijarse, y sin que aún pueda decirse bajo qué forma subsistirá, por más que al observar la marcha de las cosas haya bastante motivo para afirmar que no será la del despotismo. Así, pues, no podía ser el legislador político de la Francia, pero podía serlo y lo fué en todos los demás conceptos.

Al día siguiente, como quien dice, de la revolución, la política que nacía de las circunstancias no podía ser liberal, sino reparadora. Después de la bancarota, de las requisiciones, de las confiscaciones, de los aprisionamientos, de las sangrientas ejecuciones, se quería el orden en la hacienda, el respeto para las personas y las

propiedades, ejércitos victoriosos, pero no obligados á robar para vivir; por último, se deseaba reposo y seguridad.

Napoleón, animado del espíritu reparador, podía empeñar su papel con verdad y satisfacer las aspiraciones, las necesidades públicas. Poniendo mano en todas las cosas á la vez con una actividad prodigiosa, rehizo desde luego la legislación civil y criminal y toda la administración, pero entiéndase que al decir que rehizo la legislación, no pretendemos sostener, por ejemplo, que inventó el Código civil. Pretender inventar en este género sería pretender inventar la sociedad humana, que es tan antigua como la aparición del hombre en nuestro globo. En Francia había leyes civiles, las más tomadas del derecho romano, como son las que regularizan los contratos entre los hombres y que no varían de siglo en siglo ni de país en país; las otras inspiradas en las costumbres nacionales y esencialmente modificables como las costumbres, por ejemplo, las que presiden á la organización de la familia, á las condiciones del matrimonio, á las sucesiones, etc. Las primeras no necesitaban más que ser reproducidas en un estilo claro, preciso, exento de ambigüedades que dan origen á los pleitos. Las segundas debían ser modificadas con arreglo á los principios de la verdadera igualdad, que no quiere que los hombres sean todos iguales en bienes, en riquezas, en honores, por más que sean desiguales en talentos y en virtudes, sino que todos estén sometidos á las mismas leyes, á los mismos deberes, á los mismos castigos, que todos reciban las mismas recompensas, que los hijos de un mismo padre tengan partes iguales en su herencia, salvo la facultad concedida al padre de mejorar á los más dignos sin desheredar á los que comete la falta de no querer. Sobre estos puntos, como sobre casi todos, la revolución francesa había oscilado de un extremo á otro según los impulsos á que se entregaba. Entre las tendencias retrógradas y las tendencias locamente innovadoras respecto del matrimonio, de la herencia, del testamento, etc., había necesidad de establecer lo justo. Napoleón no poseía más instrucción que la que buenamente puede adquirirse en una excelente escuela militar; pero había nacido en medio de las verdades de 1789, y estas verdades, que pueden desconocerse antes de ser reveladas, una vez conocidas son la luz á cuyo resplandor se descubren todas las cosas. Procurando que cada día le instruyeran Mr. Portalis, Mr. Cambaceres, y sobre todo Mr. Tronchet, de la materia que debía tratarse al siguiente en el consejo de Estado, meditaba veinticuatro horas sobre las cuestiones que se iban á debatir, escuchaba la discusión, y después con un soberano buen sentido fijaba exactamente el punto en donde debían pararse entre el orden antiguo y el nuevo, obligando además á trabajar á todo el mundo, con su potencia de aplicación. Así, pues, contribuyó de dos maneras decisivas á la formación de los códigos franceses, determinando el grado de la innovación y llevando á cabo la obra. Muchas veces, antes que él, se había emprendido esta tarea; pero en todas, cediendo al espíritu del momento, se habían cometido exageraciones de las que no habían tardado en avergonzarse ó sufrir las consecuencias, después de lo cual la obra había sido abandonada. Napoleón se apoderó de este navío perdido en la orilla,



le puso á flote y le condujo al puerto. Este navío era el código civil, y nadie puede negar que es el del mundo civilizado moderno. Seguramente que para un joven militar es una hermosa y pura gloria la de haber merecido unir su nombre á la organización civil de la sociedad moderna, y también lo es y muy grande para la Francia la de que ésta organización se haya realizado en su seno. Con efecto, podrá decirse que si la Inglaterra ha tenido el mérito de producir la mejor forma política de los Estados modernos, la Francia cuenta el de haber dado con su Código civil la mejor forma del Estado social, hermoso y noble patrimonio de gloria entre dos naciones las más civilizadas del globo.

Al paso que Napoleón se ocupaba, como decimos, de la legislación civil, aplicaba también á la administración su mano expeditiva y creadora. Encontrando la administración de las provincias en el mismo estado que las demás partes del gobierno, buscó, como había hecho con la legislación civil, el justo medio entre las nociones del pasado y las exageraciones del presente, é indagando la verdad aquí y allá, creó la administración moderna.

El pasado nos había puesto en evidencia Estados provinciales administrándose por sí mismos y gozando en lo concerniente á los intereses locales de una limitación de poderes casi completa. Con tal que se asegurasen al Estado los subsidios, la monarquía dejaba á las provincias hacer su voluntad, bien fuera por un resto de respeto á los antiguos tratados de reunión ó bien porque los reyes profesasen el principio confuso de que privando al centro de toda libertad debían dar mucha á los extremos. La monarquía se reservaba todo el poder en lo relativo á los asuntos generales y abandonaba al país el arreglo de los locales. Este contrato tácito debía caer ante el gran fenómeno de la revolución francesa. No era justo que el trono fuese árbitro de los grandes destinos del país, ni tampoco que las provincias lo fuesen de los asuntos locales, porque los destinos del país debían subordinarse á la voluntad del mismo país, como los intereses de las provincias á su inspección. Las riquezas de que disponen las provincias al ordenar sus gastos, son una parte de la riqueza general que no deben disipar abusivamente; los reglamentos locales que los municipios establecen relativos á la industria, á los mercados, á la naturaleza de los impuestos, son una parte de la legislación social que no se les debe permitir formular con arreglo á sus miras particulares.

El gran fenómeno de la unidad moderna debía consistir en que renunciando el trono á obrar por sí sólo en lo referente á los asuntos generales, renunciasen las provincias por su parte á entender exclusivamente en los asuntos particulares, confundiendo en cierto modo sus intereses y transformándose en una poderosa unidad, dirigida por la inteligencia común de la nación. A partir de este instante debía haber en el centro del Estado un jefe del poder ejecutivo, rodeado de los principales ciudadanos de la Francia para ocuparse de los asuntos generales, y en los departamentos jefes de administración auxiliados por los ciudadanos notables de la localidad, para ocuparse de los asuntos particulares, pero sometidos, en los asuntos del gobierno, á su autoridad, y á su vigilancia en los de los departamentos.

De esta combinación resultaron el prefecto y el consejo departamental. Si las circunstancias hubieran permitido al primer cónsul ser consecuente con los principios indicados, hubiera debido hacer electivos los consejos departamentales. Pero después de las espantosas convulsiones que se acababan de sufrir entre los furiosos de 1793, odiosos al país, y los ricos propietarios que volvían de la emigración, la elección hubiera sido imposible ó por lo menos sujeta á graves inconvenientes. Se reservó el derecho de elección, y nombró hombres prudentes, moderados, que pudiesen administrar de un modo tolerable. Sin embargo, el principio estaba sentado, puesto que había un prefecto que administraba de acuerdo con un consejo destinado á ser electivo cuando se hallasen bastante apaciguadas nuestras divisiones.

Pero era precisa la vigilancia del Estado en lo relativo á la extensión de los gastos, al sistema de las contribuciones, á la naturaleza de los reglamentos, y no podía delegarse sin garantía el poder ejecutivo, representante del Estado. Napoleón empleó una institución que Sieyès le había proporcionado tomándola de la antigua monarquía. El consejo real, entre otros de los asuntos de que se ocupaba antiguamente, emitía su dictamen sobre los que nacían de las relaciones del Estado con las provincias. Llegando á ser más estrechas bajo el nuevo régimen, estas relaciones debían naturalmente corresponder al consejo de Estado. Napoleón sin proceder teóricamente, pero sirviéndose de lo que se le venía á las manos para el cumplimiento de sus designios, encomendó al consejo de Estado esta vigilancia superior, que constituye esencialmente lo que se llama la centralización. Queriendo que el presupuesto de los municipios y de los departamentos fuese examinado por el Estado, que sus reglamentos se fundasen en los principios de 1789, que tal municipio no pudiese restablecer las veedurías, que tal otro no estableciese impuestos en contradicción con las doctrinas modernas, que sus conflictos tuviesen un árbitro, confió estos diversos cuidados al consejo de Estado, presidiéndole por sí mismo con una constancia y una aplicación infatigables. Sin este regulador, nuestra centralización se hubiera convertido en el más intolerable de los despotismos.

Pero, consejo de prudencia al tratarse de los gastos municipales, moderador al tratarse de dejar litigar á los municipios unos con otros, legislador, en fin, al tratarse de los reglamentos municipales, el consejo de Estado es un regulador ilustrado, firme y hasta independiente, por más que le nombre el poder ejecutivo; porque emplea para sus funciones un espíritu administrativo que domina al espíritu de servilismo, y que bajo todos los regímenes, después de prestar docilidad por un momento al nuevo gobierno, recupera casi involuntariamente su autoridad y reaparece, como en los vegetales vigorosos las ramas recuperan su dirección después de una opresión momentánea.

Presidiendo con asiduidad este consejo cuando no estaba en la guerra, y presidiéndole siete y ocho horas seguidas, con una fuerza de aplicación, una rectitud de criterio poco comunes y un respeto de las opiniones ajenas que observaba siempre en las materias especiales; determinando los hechos unas veces, imaginando ó

modificando otras, según las necesidades, nuestras leyes administrativas, creando de este modo á un tiempo la legislación y la jurisprudencia, es como Napoleón ha llegado á ser el verdadero autor de la administración, firme, activa, proba, que hace de nuestra contabilidad la más clara que se conoce, de nuestra potencia la más disponible que hay en Europa, y que proporciona los medios, cuando bajo la influencia de las revoluciones los gobiernos deliran, de que la administración no delire, de que conduzca sabia é invariablemente los asuntos corrientes del país, perciba las contribuciones, las haga entrar en caja con orden, las aplique exactamente á los gastos, reclute los soldados, los instruya, los discipline, atienda á los gastos de las ciudades y de las provincias sin que nada perezca; de que mantenga á la Francia en pie cuando su cabeza oscila, y dé la idea de un navío movido por la potencia de la mecánica moderna, que le haría avanzar regularmente aunque su tripulación se mostrase inactiva ó estuviese turbada.

Así pues, la guerra convirtió á Napoleón en un mal político haciéndole irresistible; pero en cambio le formó uno de los más grandes organizadores que ha habido en el mundo, y en esto como en todas las cosas fué el doble producto de la naturaleza y de los acontecimientos. Aún nos falta considerarle desde el punto de vista principal, desde el del genio militar, que le ha alcanzado, no su gloria más pura, sino la más brillante.

Para apreciar el verdadero puesto que ocupa entre los grandes capitanes de todos los tiempos, sería preciso trazar en cierto modo la historia del poderoso arte de la guerra, que crea, levanta y defiende imperios, descansando como el arte de gobernar en la rarísima reunión de las cualidades del talento con las del carácter. Desgraciadamente todavía no se ha trazado esta historia. Maquiavelo, Montesquieu, Federico y Napoleón han dejado dispersos algunos rasgos de ella; pero considerada en conjunto con aplicación á los progresos de las ciencias, á las revoluciones de los imperios, á la marcha del espíritu humano, aún está por formar esta historia, y á causa de esto es muy difícil determinar el puesto que corresponde á cada cual de los grandes capitanes. Con todo, hay en la historia del arte militar algunas figuras principales que se apoderan del ánimo apenas se fija en ellas, y con el auxilio de las cuales puede bosquejarse la marcha general de las cosas, designando algunos puestos principales que la posteridad en la diversidad de sus juicios apenas ha cambiado.

Lo que se llama comunmente la gran guerra no se ha presentado con frecuencia en el mundo, porque requiere á la vez grandes naciones, grandes sucesos y grandes hombres. No es solamente la importancia de los trastornos la que dibuja su carácter, porque entonces podría decirse que habían hecho la gran guerra los conquistadores del Asia. Necesita ciencia, el genio de las combinaciones, lo que supone enérgicas y hábiles resistencias opuestas al vencedor. Así pues, aunque Alejandro en su época cambió la faz del universo civilizado, fué tal la estupidez asiática sobre la que tuvo que triunfar, que apenas puede uno atreverse á decir que practicó la gran guerra.

La combinación tan admirada por Montesquieu y que consistió en no internarse en Asia hasta después de haber conquistado el litoral de la Siria, le estaba de

tal modo prescrita por la falta de marina, que los más subalternos oficiales del ejército macedónico sentían la necesidad de ponerla en práctica, y en Alejandro fué más bien un acto de instinto que un rasgo de genio. Las tres batallas que le valieron la conquista del Asia fueron actos de heroica temeridad, siempre decididos por la caballería que Alejandro mandaba en persona, y que cayendo sobre masas confusas de jinetes tan cobardes como ignorantes, les daba la señal de la fuga, invariablemente seguida por la infantería persa. El verdadero vencedor de los persas fué la disciplina macedónica, conducida, es verdad, á inmensas distancias por la audacia de Alejandro.

No fué de este modo como Aníbal y César combatieron. En sus guerras lucharon el heroísmo contra el heroísmo, la ciencia contra la ciencia, los grandes hombres contra los grandes hombres. Sin embargo, César, á pesar del vigor de su carácter y del prudente atrevimiento de sus empresas, dejó ver en sus movimientos cierto embarazo, efecto de las costumbres militares de su tiempo, de las que sólo Aníbal pareció desentenderse. Con efecto, los romanos luchando en países salvajes y procurando constantemente librarse de la ciega fogosidad de los bárbaros, acampaban con un arte infinito, y al llegar por la noche á un terreno siempre escogido con un ojo experimentado, se establecían en algunas horas en una verdadera plaza fuerte construída con empalizadas, rodeada de un foso y casi inexpugnable. Desde el punto de vista de los campamentos no han sido sobrepujados ni aun igualados, y como Napoleón lo ha hecho notar con su incomparable sagacidad, no ha debido pensarse en igualarlos, porque en presencia de la artillería moderna un campamento semejante no subsistiría en pie ni dos horas. Pero de este sistema de acampar todas las noches resultaba una timidez de movimientos, una lentitud de consecuencias singulares, y las batallas que ensangrentando la tierra disminuyen, sin embargo, el horror de las guerras que abrevian, no eran posibles más que cuando los adversarios querían trabarlas. Si cualquiera de los dos se negaba á ello, la guerra podía durar indefinidamente, ó bien era preciso terminarla con un asedio atacando regular ó bruscamente el campamento enemigo. Así, pues, vemos á César, el más atrevido de los generales romanos, moverse libremente en las Galias ante la furia ignorante de los galos, excitarlos al combate cuando quiere, porque es muy fácil de tentar su ciega bravura; pero en España, en Epiro, cuando tiene que pelear con los mismos romanos, le vemos cambiar de método, agotar en las orillas del Segre todas las combinaciones ingeniosas para sacar á Afranio de su campamento, no obligarle á hacerlo sino privándole de víveres, y después, cuando logra cambiar su posición, no concluir la campaña sino sitiándole por hambre una vez más. En Epiro, en Dirachium fué invulnerable para Pompeyo, como éste lo fué para César por su manera de acampar. Después, no sabiendo cómo terminar esta guerra interminable, se le vió internarse en Macedonia para atraerse en ella á Pompeyo, á quien en efecto se atrajo; pero aun allí, encontrando la inexpugnabilidad del campamento romano, se hubiera visto en la imposibilidad de alcanzar á su adversario, si por la impaciencia de concluir apoderándose de la nobleza romana, no hubiera Pompeyo bajado á las llanuras de